Nº 14

Academia latina Matritense.

Disertacion sobre el distintivo de la poesia lírica, por Francisco Lorente.

(Latin y Castellano).

— ~~Censura de la Academia.~~

1833.

REAL ACADEMIA

GRECO-LATINA.

D. Francisco Lorente.

REAL ACADEMIA
GRECO-LATINA

Cual es el distintivo de la poesía Lírica, y si tenemos los españoles una Lyrica semejante á la de los antiguos.

Disertacion.

Si la Real Academia Greco-latina me hubiera propuesto por asunto de mi discurso la poesía en general, aquella arte encantadora y divina, que tanto brillo y esplendor esparce en torno de Sí, y cuyas bellezas y dulzura son suficientes á llenar de placer y admiracion á cuantos la contemplan, y conocen todos los atavios y matices que la adornan; aquella arte, que semejante á una belleza, hermoseada de sus mejores galas y brillantes, sorprende y arrebata la imaginacion y el entusiasmo

de cuantos la admiran; sin duda podria yo presentar un discurso, rico en imagenes alagüeñas y festivas, y fecundo en comparaciones hermosas y seductoras, que, comunicando nuevo realce á mis palabras, fuera capaz de cautivar vuestros espiritus, y de encantar vuestros delicados oidos, aunque tan acostumbrados á las bellezas de las artes que se llaman ensiadoras. Porque la magestad y abundancia del asunto haria nacer naturalmente en mi imaginacion, las descripciones que reclaman, las imagenes que deleytan, y aquel estilo hermoso y animado de que suelen brotar, sin estudio, ni trabajo ideas amenas y similes bellisimos, como brotan por abril en las praderas, regadas por brillidoras arroyuelos, las flores de diferentes colores y figuras, que tan agradablemente sorprenden la admiracion de quien las

observa. Pero ¿quién es capaz de abrazar en un solo discurso tantos y tan diferentes objetos, tantas bellezas y encantos, como comprende la noble poesía? Por eso los griegos, aquellos ingenios tan favorecidos de la naturaleza, y tan brillantes como el cielo que ilumina sus deliciosas campiñas, aquellos hijos tan predilectos de Apolo, que entusiasmados del amor de la gloria, hicieron célebres en sus cantos su patria, sus dioses, sus heroes, sus ríos, sus ciudades y hasta los monstruos que talaron sus campos y sus bosques, porque su imaginación estaba dotada de la virtud de inmortalizar cuantos nombres pronunciaban sus lenguas, no imaginaron una sola Musa en las elevadas cumbres del Pindo y del Parnaso, porque no la creian suficiente á inspirar tantos y tan diferentes géneros de poesía como existen; sino que

fingieron nueve, todas ellas bellísimas, todas hermanas, para manifestar de este modo tambien, que aunque son distintas las especies de poesía conocidas; están sin embargo tan hermanadas y unidas entre sí, que es imposible descollar en cualquiera de ellas, sin tener al menos una idea clara de todas las demas. Quizá por esta misma razon habeis vosotros creido conveniente señalarme para asunto de mi discurso, no la poesía en general, por no abrumarme con tanta abundancia de ideas y materias; sino el distintivo de la poesía Lírica, asi tenemos los españoles una Lírica semejante á la de los antiguos.

Difícilmente podrá señalar el distintivo y naturaleza de este genero de poesía aquel que no haya analizado de antemano los escritos de los dos pa-

dres

y corifeo de ella; Píndaro que es reputado el príncipe de los líricos griegos, y Horacio su imitador á quien reconocemos justamente por el principal de los líricos latinos. Pero sin afirmar con orgullo, que yo haya conseguido hacer una analisis juiciosa y profunda de los escritos de estos dos celebres ingenios, é insignes líricos de la antiguedad, por que sería desmedida é intempestiva arrogancia; me basta haberlos leido con alguna detencion y cuidado para que me atreva á definir y señalar el distintivo y naturaleza de la poesía lírica, que es la primera parte de mi proposicion.

Por haber acostumbrado los griegos acompañar con los dulces acentos de la lira aquellas canciones, ó himnos con que celebraban la gloria y alabanzas de sus dioses, y de sus heroes, y cantaban las

palmas y las victorias, que conseguían sus ilustres conciudadanos en aquellos tan ruidosos juegos que se celebraban con tanta pompa, magnificencia y entusiasmo en Olimpia ciudad de la Elide, sobre las riberas floridas del delicioso Alfeo, que se veían coronadas de millones de habitantes, ansiosos de presenciar tan grandioso espectaculo, se llamó Lírica. Este genero de poesía de que ahora tratamos. Pero pasemos ya á indagar cual es su distintivo y su esencia.

No la caracterizan y distinguen los objetos que trata, ni los personages que celebra, como sucede en la poesía pastoral y en la dramatica; sino los sentimientos, la nobleza de la espresion, aquel divino furor que arrebata al poeta lo mismo que á los oyentes, aquel entusiasmo que brota ideas elevadas

das.

y atrevidas, aquella sublimidad que sorprende, aquella agitada fantasía que hace volar al que canta hasta la misma cumbre del Olimpo. El poeta lírico es semejante á una águila, que ya se eleva con majestad sobre las nubes, ya desciende con ímpetu á la tierra, ya surca veloz los espacios de la región etérea. Él es un intérprete de la divinidad, un profeta, un ser sobrenatural, un torbellino que espanta, sorprende y siembra la admiración, comunicando al lector aquel fervido entusiasmo de que se siente poseído y arrebatado, y que no le abandona mientras habla. Así como al cantar la Sibila los oráculos, mugía la gruta y temblaba todo el templo, del mismo modo se conmueve la naturaleza entera mientras canta el poeta lírico.

Los dioses, los heroes, los astros, la tierra, el tártaro y el ponto, todo en fin le obedece, de todo se vale para comunicar mayor fuerza y energía á sus ideas. Es una cascada que no sigue una direccion fija, pero todo lo anda, todo lo corre, todo lo derriba por donde pasa; y el area que describe aparece sembrada de trofeos, de ruinas, de trastornos, que ha causado su espíritu ardiente, su fuerza indomable, su entusiasmo increible.

No busquemos el orden en la lírica, no el método, hijo de la reflexion y del raciocinio; sino los rasgos, la elevacion de espíritu, las grandes imagenes, las figuras que conmueven el animo, y le llenan de admiracion. El poeta lírico tiene dos almas: la propia y el entusiasmo. Aquella siente y

esta la agita, la electriza, la hace vo-
lar por las esferas. Mas claro: el entu-
siasmo hace en su alma lo que el fuego
en la polvora. Asi como la musica infla-
ma y conmueve nuestro espiritu, asi el numen
poetico agita y enciende el alma del poeta,
pero con un furor que no tiene limites, con
una vehemencia á la que no puede resistir,
con un placer que le enagena, y le hace
seguir el delirio de su abrasada imagina-
cion. Yo distingo dos especies de poesia
lirica: la sublime, que es la de que trata-
mos al presente, y la deliciosa, tierna y
placentera, que respira morbidez, deleite
y amor. Pindaro creó la primera; Ana-
creonte la segunda. Horacio, sin crear nin-
guna, imitó felizmente las dos. Mas
el distintivo de entrambas es uno mismo,
aunque la vehemencia de la pasion y
del deleyte suple en la segunda la aueda-
cia y elevacion de ideas, que son propias

de la primera. Seguiré hablando de esta que es la principal, la mas noble, la que iguala al poeta lirico con los dioses, la que convierte un ser natural en un ente divinizado? Quien no admira en pues la sublimidad de Pindaro, los atrevidos vuelos de su fantasia, los giros de su dicion enriquecida de cuantas imagenes y figuras le negiré el numen poetico que le inflama? El abraza lo presente, lo pasado, lo posible y hasta lo imposible? No cabiendo su espiritu en los mundos que conocemos, crea otros nuevos donde pueda espaciarse, y aun aquellos los llena de entusiasmo. Su estilo no es solo magestuoso y lleno, como la corriente del Nilo; sino rapido á sus veces, vehemente y estrepitoso: y por eso le compara Horacio á un rio que se precipita de un monte para inundar, no para regar las campiñas. Si el poeta lirico canta unas veces con desahogo, otras

dan

ya falta de método, y otras con demasiada audacia é irregularidad; es que su entusiasmo le arrastra, como á Faeton los caballos del sol, cuya fogosidad no podia reprimir. Aun Horacio que, ó tubo mas juicio que el poeta Griego, ó menos entusiasmo que él, por que no era tan fuerte en Roma el amor de la gloria como lo fué en Grecia; aun Horacio, repito, se siente poseido y arrebatado de un entusiasmo que no le es dado contener. Por eso no dudo afirmar sin temor de que alguno me contradiga, que á los poetas Líricos especialmente conviene aplicar lo que el cisne Venusino atribuye á los poetas en general.

Ingenium cui sit, cui mens divinior, atque os
Magna sonaturum, des nominis hujus honorem.

¿Y quien puede negar á Pindaro estas dotes, sino solo aquel que no haya leido sus sublimes cantos, llenos de magestad, de idea elevada, y de expresiones enérgica y peculiar?

¡como truena, como se remonta, con que rapidez, con que mente tan electrizada celebra á los vencedores en los juegos olimpicos! Luego de la vista de los mortales, se eleva á los cielos, se acerca al mismo Trono de Jupiter, como para arrebatarle de su diestra el rayo abrasador, y comunicar á sus himnos el fuego de que está cargado. Su voz es semejante al rugido del leon, que llena con sus ecos los valles, las grutas de los montes, y las llanuras del desierto, espantando á los hombres, á las bestias y á las fieras, aun cuando estén guarecidas en los mas profundos escondrijos de sus cavernas; Que nobleza de expresion! que sublimidad de imagenes admiramos en él! Con que energia, con que ardor llena todos los espacios, semejante á un relampago que rasga las nubes, y espande su luz y su brillo desde la aurora al occaso, ó desde el Sur al Septentrion! Ó si alguna vez se pierde en las nubes, es para apa-

recer

luego mas brillante y magestuoso, semejante
al sol á quien eclipsan algunos momentos
las densas nubes, pero él vuela entre tan
to con la misma rapidez, y aparece de nue
vo mas grande, mas hermoso, mas resplan
deciente. El poeta lírico le arrebata por
sendas hasta entonces desconocidas, pero
nobles, grandiosas y admirables. Le lleva
de las riberas deliciosas del Ilyso á la s
esferas sembradas de rutilantes luceros;
le arrastra á indagar el origen y decen
dencia de los abuelos del heroe á quien
celebra, y siempre su audacia, ó va de
aumento, ó si descansa para respirar, es
solo con el fin de dar mas vuelo á su aca
lorada fantasia. Cualquiera que sea
el objeto que toma, siempre respira grandeza,
siempre su diccion es ria y encantadora,
sus ideas sublimes, y su entusiasmo pe
rene é inagotable. El semejante al oc
eano que se vá alborotado con el silvido

de los aquilones, acuerda y espanta; si rizado solamente con el apacible soplo de los cefiros, eleva y admira.

El estilo de los poetas líricos es maravilloso; y en él se ven sentencias sublimes y maximas de moral las mas puras. Ellos abren las puertas del destino, leen en el libro de la vida, reconvienen á la divinidad, pero con una energia que aterra, con una valentia que sorprende. Mandan al dios de la guerra, detienen el curso del sol, paran el movimiento del mar, trastornan el orden de la naturaleza, hasta á Jupiter revestido de su omnipotencia le desconocen en el furor de su pasion, si le ven inclinado á proteger la injusticia. Quiá algunos le tendran por hinchado; pero yo no puedo menos de admirarlo como el mas sublime y energico pensamiento de cuantos he leido este de uno de nuestros mas valientes líricos. Cienfue-

gos

en el Idomeneo dice así:

Si rasgadas las bóbedas celestes
En carro tronador lanzando rayos,
Me lo ordenára Jupiter, tranquilo
Dijera: no eres Dios, te desconozco.

Celebren otros cuanto quieran las descripciones que hacen Homero y Virgilio de la omnipotencia de Jupiter. Para mi es mas valiente, mas atrevido, mas energico este pensamiento de Cienfuegos. Y no dudo afirmar, que ni griegos, ni romanos presentan otro semejante. tal es el poder del entusiasmo, caracter esencial de la poesia Lirica, del cual dimanan todos los demas que he referido, como efectos de aquella causa.

Pero habiendo esplicado ya la naturaleza y distintivo de la poesía Lírica; pasaré á probar, que tenemos los españoles una Lírica, que si no se puede comparar con la de los antiguos hebreos, griegos y romanos, es sin embargo semejante, de la misma

índole y naturaleza, y casi igual á ella. No diré igual, por que aquellos fueron los creadores, nosotros no somos mas que imitadores. Y creo firmemente, que en las artes de imitacion, principalmente en la poesia que es la Reyna, la mas noble de todas, se apaga el entusiasmo á medida que nos apartamos del modelo de la bella naturaleza. Esta fué la maestra de los antiguos; y nosotros no imitamos el modelo, sino las copias que ellos sacaron. Pero los nuestros imitaron con fuerza, con nervio, y maestria, como se puede ver en algunos celebres poetas de la escuela Sevillana. Ninguno de ellos los imitó con un teson tan fuerte, con un estudio tan continuo, con tanta diligencia y cuidado; ninguno imitó mejor sus frases, sus giros, sus periodos, su audacia, y aun su propia y dificil negligencia, que nuestro inmortal Hernando de Herrera. Este elevó nuestra

Lírica á una altura de la que no le ha
sido posible pasar, por que la imprimió el
sello de tanta sublimidad, que ninguno has
ta ahora le ha igualado. Versado en la
poesía hebrea, griega y latina, se llenó de
su entusiasmo y de su fuego; y como tenía
un ingenio sublime, una imaginacion di
vina y una osadía de espíritu que le hacia
elevar el vuelo de su fantasía hasta perderse
en regiones desconocidas, y hermosear sus gran
des ideas con las galas y atavios de una
diccion rica, de unas frases enérgicas, de
unos períodos harmoniosos, rotundos y sono
ros; ninguno de nuestros líricos, ninguno
de los estrangeros se puede comparar con
él. Su estilo es cristalino como un arroyo, y
fuerte como el diamante. Su entusiasmo le
agita, le enardece, le arrebata, le sugiere
unos cantos que encantan. Es como el fluido
electrico, que eleva en los volcanes aquella
lava que ha de espantar á los habitan
tes de Nápoles y Sicilia; y semejantes á
esta sus estancias conmueven, llenan de

admiracion á cuantos las leen. Con un esti
lo de fuego hace resonar su voz por todos
los angulos de la tierra. Su divino furor
le abrasa enel amor de la gloria, le anun
cia lo futuro, le presenta con tanta fuerza
en su alma agitada la omnipotencia del
criador; el valor y la virtud del heroe que
celebra; que se vé en sus versos aquel vigor
que tertia en su alma; Con que fuerza de
espresion, con que magestad, y en que versos tan
energicos y bellos celebra á d.n Juan de Aus
tria en su cancion á este heroe! ¡Con que
dulzura nos hace ver á Apolo que sus
pende á los dioses, detiene el giro de los
cielos, el ruido del viento y del mar con
los delicados sonidos de su citara! ¡Con
que osadia vaticina el nacimiento, y la
gloria del heroe, comparando la derrota
que ha de causar á los turcos, ya á la
horrorosa tempestad que estrella una de
bil nave contra los peñascos; ya al impe
tuoso rayo que todo lo rompe y lo trastor
na! Mas si contemplamos el tono profeti
co

con que anuncia la gloria eterna, y los inmarcesibles laureles con que se ha de coronar el vencedor, ó la Fama que abrazando con alas de oro, lleva su nombre, y su victoria al Indo, ó á donde el Cielo sopla eternos hielos; ó bien á Istarte, que escuchando las glorias del heroe, está temeroso de que las inclitas hazañas de don Juan de Austria puedan obscurecer las del Dios de la guerra? quien se cansará de admirar el fuego de su imaginacion, la riqueza de su expresion, y la grandiosidad de sus cuadros.

Quien al ver la energica cancion en que canta la muerte desnuda y el pin funesto del Rey d.n Sebastian, y de sus soldados, no se llena de la mas profunda melancolia.? Con cuanta fuerza y delicadeza sabia espresar en sus cantos aquellas mismas pasiones que hervian en su mente agitada del mas fervido entusiasmo! En dia tan aciago el Cielo no alumbra, el sol está confuso, la arena

se torna ensangrentado lago, la Manuera aparece herizada de muertos portugueses, cuyo poder cayó, cual hermoso cedro del Líbano, vestido primero de ramas hojosas, que se elevaba sobre los otros arboles, ofreciendo su sombra y hospedaje á las aves del cielo; y cortado despues por la raiz, aparece desnudo de hojas y de ramos, poniendo espanto á cuantos disfrutaron antes su sombra ¡Que ideas tan sublimes! ¡Que comparaciones tan valientes y magestuosas! ¡Que riqueza! ¡Que pompa! ¡Que espiritu tan infatigable! Y no alabaremos un genio tan extraordinario? ¿No le admiraremos con razon? ¿No diremos que imitó la Lirica de los antiguos, y que la trasladó de Jerusalen, de Atenas y de Roma á las riberas del Betis y del Tajo, aclimatando en ellas este arbol exotico y pomposo, que habia de estender sus pronos sus ramas por toda la Hispania, semejante á un cedro, ó á un platano, que arraigado en las amenas regiones del oriente, ofrece su frondosidad y su sombra á los habitantes

del Occidente? ¿Y no podemos afirmar, que Herrera bebió en los clásicos de Palestina, de Grecia y de Italia toda su abundancia, toda su sublimidad, todo su entusiasmo que es lo que constituye la esencia de la poesía Lírica?

¿No conmueve nuestros ánimos, y llena nuestros espíritus del mismo asombro y admiración que los antiguos? Luego tenemos las españoles una Lírica, casi tan noble, tan grandiosa, tan sublime como los hebreos, griegos y romanos, y la debemos á la imaginación ardiente, al ingenio profundo, á la elocuencia asombrosa y divina de este ilustre y consumado poeta, que supo arrebatarla á los celebres mastros de la antigüedad, y aclimatarla en nuestra amada Patria con un estudio continuo, con un improbo trabajo, con un afan sin límites y con una aplicación que jamas será suficientemente elogiada.

Mas no solo Herrera con su original talento, y sus grandes desvelos, sino tambien otros ingenios españoles que siguieron sus huellas por el camino que este les abrió, nos adquirieron una fama eterna, al mismo

tiempo que orlaron sus sienes con el laurel inmarcesible de Minerva. Y pasando á otros en silencio, por no alargar demasiado mi discurso, ¿no voló con la misma rapidez, no se encumbró hasta las nubes con el mismo entusiasmo en alas de su ardiente fantasia, y agitado del mismo numen poetico el celebre Rioja en su patetica y sublime cancion á las ruinas de Italica? Parece haber tomado toda su sublimidad, todas las ideas melancolicas, todo el patetico que encierran sus bellas estancias de aquellas palabras de Virgilio, pocas á la verdad, pero que estaban preñadas de los tristes y sublimes cuadros, que con tal maestria, con tan delicado pincel nos describe: Et campos ubi Troja fuit. Y aunque Melendez fué mas feliz en los generos cortos y tiernos, aunque hizo sonar mas delicadamte. la lira muelle de Anacreonte, que la fuerte y sublime de Pindaro ¿no imitó con bastante exito á Herrera y á Rioja? No voló con ellos, remontandose con audacia á cantar los astros? No descendió á los abismos á entonar la soberbia y la caida de

Luzbel.º

Habeis oido, señores, que el distintivo de la poesia Lirica consiste en el entusiasmo, en la osadia de la imaginacion, en la elevacion de las ideas, en la fuerza de la espresion, en el furor poetico que agita al poeta, y le saca de la esfera en que habitan los demas hombres, transformandole en un profeta, en un ser celestial que nos sorprende con sus inspiraciones, con las imagenes que brotan de su acalorada fantasia, con las sentencias que nacen de su espiritu electrizado, con la energia de su estilo, y la pureza de su diccion. Estas prendas le convierten en un volcan que vomita llama que abrasa, rayos que truenan, centellas que destruyen cuanto encuentran en todas las direcciones que toman en el aire dilatado que describen. Por esto hacen hablar á los muertos, á las cosas inanimadas, á la Patria; personifican al mar, á los rios, á los vientos; crean nuevos seres, nuevos mundos; todo lo recorren todo lo trasforman, todo lo embellecen, y se forman

un estilo figurado que nos arrebata y nos encanta. Habeis visto tambien, que la España puede gloriarse de tener una poesia lírica, semejante á la de los antiguos, y superior á la de los estrangeros modernos, Lírica que en parte es debida al genio estraordinario de Herrera, y al delicioso y ardiente clima en que nos colocó la providad naturaleza.

¿ Que me resta ya, sino exortar á la juventud española á seguir con teson la senda que nos trazaron Herrera y Rioja, y por la que caminaron con tanta felicidad y buen exito Melendez, Cienfuegos y algunos otros que todavia viven? Si, jovenes españoles, hijos predilectos de Apolo y de las Musas, seguid con calor las huellas de esos varones ilustres que tanto brillo dieron á nuestra Patria y tanta gloria adquirieron p.ª si. Nuestra lengua mas rica que todas las vivas, mas sonora y flexible como la que mas, nos está brindando á volar á la elevada cumbre del Parnaso, y al templo de la inmortalidad, á donde se sube solamente á costa de vigilias y de afanes. Si os empeñais con teson decidido, si revolveis de dia y de noche los

sabios modelos que nos dejó la docta antigüedad, vosotros arribareis á la cima escabrosa del Pindo, ó bien por las sendas que os trazaron nuestros mayores, ó bien por otras nuevas que os abrirá vuestra ardiente fantasía, para coronaros allí del laurel de Minerva y de Apolo, que solo nace y prospera cuando se abona con el trabajo, ó se riega con el sudor.

Madrid 8. de Marzo de 1833.

Franco Lorente

De vi poesim lyricam constituente, et utrum nos hispani lyricam similem antiquorum habeamus,

Oratio.

Verba apud vos, sapientissimi regiae Graeco Latinae Academiae socii, de vi poesim lyricam constituente hodierna die facturus, tot tantisque dubiis, tot curis in hac difficili sparta in[illegible] districta est, ut quod initium sumam, [illegible] illud fulciam, quem fin[illegible] oratio nostra sit habitura, penitus ignorem. Duboriuntur mihi quidem tot, tantaeque difficultates in hac neque a poetis, neque ab oratoribus serio tractata quaestione, ut vix eas possim enarrare. tot praeterea, non solum veteres, sed etiam recentiores in lyrica poesi viri excelluerunt, et viam tam variam quisque sequutus est, ut ad Parnassi fastigium

perveniret, ut necessum mihi sit ad hanc quaestionem pro viribus inquirendam, non de uno poeta tantum, sed fere de omnibus analysidem facere. Ego quidem, ut accurate, et studio diligenti sententiam nostram exponere, et quid de hac re sentiam vobis palam facere possem, revocarem ad trutinam Pindarum, qui lyricae poeseos principatum inter graecos obtinuit; revocarem Horatium, qui sty~~[illegible]~~li pindarici fuit inter latinos diligens aemulator, licet magnam, ac pene insuperabilem in aemulando Pindarum difficultatem ipsemet agnoverit, cum ait:

Pindarum quisquis studet aemulari,
Iule, ceratis, ope daedalea
Nititur pennis, vitreo daturus
Nomina ponto.

Cum vero non solum eruditione, quae ad hujus generis inquisitionem necessaria est, me sentiam destitutum; sed tempus quoque mihi deficiat, quod ad exiguos triginta dierum limites est nobis praefinitum; hac de

causa, omni poetarum examine relicto, et comparatione neglecta, quaecumque argumenta, et ingenium et eruditio nobis suppeditet, in medium afferre studebo, ut de lyricae poesis indole, et vi eam constituente, digne et pro viribus, quantum in nobis situm est, disserere queam. Et primo quidem, unde lyricae poesis nomen originem ducat, facile cognoscet is, qui sono lyrae graecos illam cecinisse, tum in ludis publicis, tum in templis justa aras deorum et heroum, pro comperto habeat. Non vero de nominis origine, sed de ejus vi, et natura agendum nobis nunc est; quam quidem omnem sitam esse mihi videtur, non in re de qua agitur, non in numeris poeticis quibus scripta est, sed in sublimitate praesertim, et majestate, in quodam mentis ardore, qui poetam agitat, et quo aestuante, nunc ad astra spiritus ejus evolat, nunc ad inferos descendit, nunc per nubes et aethera, veluti Apollineo numine inspirante fertur, ut iterum terrae viscera,

eodem spiritu afflante, rimetur: ita ut non quid mortale sonet, sed propheticum, ac fere divinum.

Audacia igitur, et vires, et spiritus vigore plenus et indeficiens, lyricae poeseos naturam propriam constituere haud verebor affirmare. Hinc sublime numen, hinc admiranda concinnitas, hinc illa fervida libertas oritur, quae lyricam ab omni cujusque generis poesi distinguit. Non nimius in ea ordo, non timor, sed magni raptus, magna spiritus elevatio, magna vis apparat necesse est. Cantet praesentia, futura vaticinet, sentiat se aliquo numine afflatum, qui lyricus poeta velit et esse, et appellari. Quemadmodum enim nostros animos inflammare et commovere musicae proprium est munus, ita sane mentem nostram lyrica poesis debet incendere, ut ad olimpum é tartaro, et ad undas stygias ex olimpo nos rursus ducere posit, nullam requiem, sed summam voluptatem, et numinis agitantis praesentiam

et vim nostris animis sentientibus. Sed non idcirco omnis lyricae poesis audaciam et sublimitatem eandem futuram esse putandum est. Alia enim est sublimis, de qua nunc agimus, alia placida, amorem et voluptatem respirans, alia media inter utramque; sed eadem vis constituens cuilibet trium competit, naturâ cujusque et ratione sedulo servatâ. Quae quidem tria genera à tribus antiquitatis lyricis poetis celeberrimis, nempe Pindaro, Anacreonte et Horatio vellem nominare.

Quis certe Pindari sublimitatem non miratur, qui ut Horatii verbis utat, fervet, ruitque immensus ore profundo, similis amni é monte decurrenti, quem imbres super ripas notas alucrunt? Quis teneram Anacreontis voluptatem, et utrasque dotes Horatii non laudibus efferet, qui jam primum, jam secundum aemulatur, prout res exigere videtur? Poetam vero latinum mentis suae agitationem, et calorem magis quam

graecos temperasse, et majori judicio praeditum fuisse; quis est qui non noverit? Et ideo viam mediam tenuisse, neque instar Icari pennis ceratis volavisse, ne vitreo ponto nomen daret, affirmavi. Inveniuntur siquidem aliquae Horatii odae in quibus nec ordo, nec methodus, sed magna negligentia, et obscuritas undequaque viget. Sunt aliae in quibus volat per aethera instar aquilae, et flores deinde, more apis libare videtur. Neque inficias ibo, eum aliquando etiam insanire, et tamquam dementem delirare, et difficilem, immo obscurum fieri; sed non adeo frequenter, non adeo turpiter, ut quidam Horatii detractores saeculo proxime elapso somniarunt. Et siquid in hac parte eum peccavisse fateri necessum est. Quid aliud in causa fuisse dicemus, nisi illum divinum furorem, illum numinis afflatum, quo poetae lyrici rapi debent, et quo ipsemet ducebatur cum canit:

Quo me rapis, Bache, tui plenum?

Hinc fit, ut, si mea non me fallit opinio, quidquid poetis omnibus convenire affirmat Horatius, id de lyricis praesertim poetis asserendum sit: nempe, eos ingenio praeditos esse debere, et mentem diviniorem, atque os magna sonaturum possidere. Quas certe dotes habuisse Pindarum ille solum nesciet, qui ejus carmina sublimitate plena, et phrases descriptionesque mira concinnitate, felicibus ornatissimisque periodis expressas, aut legerit numquam, aut intellexerit. Quo spiritu sese effert, quo ore sonat, quum Divos, puerosque deorum, et pugilem victorem, et equum primum certamine laudibus effert ad coelum! Si canit laudes deorum, ad ipsorum thronum accedit, aquilae more, quae nostrorum oculorum aciem fugit inter nubes, tamquam solis lumen et splendorem proprius inspectura. Si heroas celebrare agreditur, cantus ejus est plenus et canorus, majestatem, magnitudinem et spiritum respirans, rugitui leonis similis, qui valles, et montium speluncas, et deserti planicies, vocis suae sonitu complet, non homines tantum, sed belluas etiam

et feras in remotioribus earum recessibus latitantes territurus; qua figurarum sublimitate, qua nobilitate imaginum utitur, qua vi, quo ardore, fulguris instar totum aeter percurrit, et in umbris paululum saepe delitescit, ut sole splendidior iterum appareat, et majorem lectoribus admirationem suo indeficienti spiritu, et sublimitate, et eloquio fere divino, numquam satis admirando infundat! Tam novas illi vias ad ludorum victores celebrandos furor poeticus aperit, ut ipsemet asserit, Hieronem siracusanorum regem celebraturus. Tam inflammatum et agitatum se sentit á Mucis. Tam virtuti divinae animos et vires victoribus inspiranti horum palmas atribuit. Tam ab olimpo et Jovis ipsius solio in placidas Alphei ripas descendit: jam ab Alpheo ad olimpum iterum evehitur: jam ab ipsius victoris gloria praeterita, vel ab ejus avorum atavorumque nomine exorditur, et majores spiritus paulatim concipit, et audaciam. Numquam idem, semper varius est; sed

semper sublimem animum, semper magnitudinem respirans; quam quidem excellentiorem et magis mirandam redit figurarum, phraseum et sermonis exquisita vis et natura, audacia quaedam ordinem negligens, et meris etiam ardor vehementiis mus, quo inflammatur: quae quidem omnia poeseos lyricae vim et naturam constituere nostrae orationis exordio dictum est.

Quae cum ita sint, sapientissimi hujus celebris Academiae socii, quot quot huc tam frequentes convenistis; cumque lyricae poeseos vis et natura sit jam à me breviter explicata et definita; probare nunc viribus meis incipiam, habere nos hispanos lyricam etiam poesin, quae etsi cum hebraeorum, et graecorum et romanorum poesi nullo modo possit conferri, nec numerorum concinnitate, nec carminis viribus et pulchritudine, esse tamen illi valde similem et consentaneam. Hanc vero secundam nostrae orationis partem, nullo melio ri modo probaturum me esse confido, quam

si scriptores nostros hebraeorum prophetarum, et graecorum et romanorum poetarum spiritum, et vim, et nervos et figuras sedulo imitatos fuisse probaverim. Quod quidem haud difficili negotio consequuturum me esse promitto, si breves Scholae vates brevius percurramus. Inter hos vero, nullus tam presso pede, nullus tam assiduo et improbo labore, nullus tam diligenti studio et accurata observatione virens, sive hebraeos, sive graecos, sive romanos lyricos imitatus est; nullus vim, phrases, periodos, et audaciam quoque eorum tanto successu aemulatus fuisse mihi videtur, quam noster Ferdinandus de Herrera, quem certe ad summum sublimitatis fastigium nostram lyricam excolisse nemo sanae mentis vir inficiabitur. Ingenio valde sublimi, et mente divinâ praeditus, linguarumque hebraeae, graecae et romanae apprime peritus, gravitatem poesim phrasibus, et rotundis poeticisque periodis graecorum more ditare sibi animum induxit, ut ad Latinae linguae majestatem et luxuriem, quo pacto id fieri posset, quam

proxime accederent. Id ut facilius assequerentur, nomina nova produxit, quae jam in desuetudinem tractu temporis abierant, omni cura et studio revocabilibus, alia quae nobis deerant, ex latia lingua mutuavit; utrique novam, splendoremque, tum novitate, tum gratia dicendi sermoni patrio imprimere curavit. Quis quaeso nostrorum poetarum, quis exterorum poterit cum illo comparari, vel vi dicendi, vel audacia mentis qua pollebat, vel ardore animi, vel majestate, vel dulcedine sublimitate. Agitabat furore quodam prophetico, et spiritu Dei divino, et carmen sibi videbatur in ipsis Graeciae templis, quae Homero, et Pindaro, et Sophocli, aliisque quam plurimis tam pulchra, tam canora, tam sublimia carmina quondam inspirarunt. Hic mentis calor, hic divinus furor, et spiritum illius gloriae stimulis inflammabat; hic futura illi nuntiabat, hic grandia verba, hic veritatem, hic vitae sententias suggerebat, hic heroum laudes, et divini numinis omnipotentiam tam clare, tam fortiter

menti ejus agitatae et aestuanti praesentem praebebat, ut non humanus, sed divinus interpres deorum, sive propheta videretur. Qua animi sublimitate, qua vi et verborum majestate, quibus numerosis et rotundis periodis Joannem de Austria celebrat ob praelium de Lepanto tanta gloria, tantaque virtute á turcis reportatum. Quis Apolinem citharae suae dulcedine coelos et divos commoventem videre non credit, dum sublime et eloquens ejus poema tacitus legit? Quis maris, ventorumque fragorem subito repressum non sentit, auratâ illius citharâ, numerisque vigoris plenis sonantibus? Si vero vaticinia, sive propheticum modum quo aeternam sibi gloriam, posteritatisque admirationem victorem conciliaturum esse canit, animo meditemur; quis et vim et ardorem illius satis admirabitur? Jam autem, si cantum quo Sebastiani lusitanorum regis miseram mortem, finemque inneluctabilem deplorat animo atento contemplemur; quis spiritus summo moerore et tristitia protinus non implebitur, ita ut lacrymas, etiam in-

vires, effundere cogatur? Hunc igitur non laudem? Hunc non admirer? Hunc lyricam antiquorum poesim fuisse inventam non contendam, cum non solum eorum vires et spiritum induerit, sed animos etiam nostros eodem terrore, vel tristitia, vel admiratione quam illi poterit afficere et commovere? Utinam, auditores, tantum temporis ad dicendum mihi suppeteret, quantum ad hujus poetae veram sublimitatem, et flumen ingenii, et animi ardorem, et mentis agitationem, et linguae facundiam explicandam, et laudibus ad coelum efferendam sufficiem videremur. Tum certe nullum vobis dubium relinqueretur, habere nos hispanos lyricam poesim, quae possit cum hebraea, cum graeca, cum latina aliquomodo conferri. Hic non hic solum aeterna memoria, aeternis laudibus dignus vir, magnoque in pretio sua merito semper nobis habendus; sed alii benemulti nostrates, ejus vestigia sequentes, magnam nobis gloriam, et famam sibi aeternam ~~[illegible]~~ peperierunt.

Nam ut alios silentio praeteream, est nobis Rioja, est Melendez, quorum primus in sublimiori, alter vero in voluptatis plena lyrica poesi praesertim tantum excelluerunt, ut inter primos lyricos hispanos justissimo jure sint referendi.

Quae cumita sint, auditores sapientissimi, priusquam dicendi finem faciam, quae á me de natura et vi poeseos lyricae huousque dicta sunt, breviter et summatim repetere studebo, ut melius animis mentibusque nostris infigantur. Quam quidem non aliunde quaerendam esse vidistis, idque ego idem nunc iterum assero, quam ex quadam mentis audacia, et ardore, á natura nobis insistis, quibus ideae, calore spiritus aestuante agitatae, sublimitatem et magnitudinem animi vati conferunt, ut ad coelos usque volare, divis se inmiscere, et numine prophetico aflatus, futura praenuntiare, rebus innanimatis vitam praestare, et quascumque materias figurarum ornatu, et imaginum adjumento posit

illustrare. Hinc illud sublime numen oritur, hinc fervida illa libertas originem ducit, quae tantos spiritus lyricae poesi, tantos tamque admirabiles raptus, tantum sublimitatis semper praestat, et ab alia cujuscumque generis poesi distinguit. Videtis etiam non carere nos lyrica poesi, veterum et graecorum, et romanorum lyricae valde similem, ut exemplis nostrorum poetarum comprobavi. Qui quidem, praesertim Herrera, Rioja et Melendez tantum naturae valuerant, tanto mentis viribus excitati sunt, tanto spiritus ardore fuerunt praeditii, ut licet cum veteribus conferri nequaquam possint, eorum tamen vestigia quam proxime sint secuti.

Matriti, postridie nonas Martii an. M.D.CCC XXXIII.

Franciscus à Lorente